

Aguilar, Enrique

*La lectura de clásicos: un camino de encuentro
entre los distintos saberes*

Consonancias Año 11 N° 39, 2012

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Aguilar, Enrique. “La lectura de clásicos : un camino de encuentro entre los distintos saberes” [en línea]. *Consonancias*, 11,39 (2012). Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/lectura-clasicos-camino-encuentro.pdf> [Fecha de consulta:]

La lectura de clásicos: un camino de encuentro entre los distintos saberes*

Por Enrique Aguilar**

En uno de los ensayos recogidos en el libro *La voz del aprendizaje liberal*, el pensador inglés Michael Oakeshott escribió:

La búsqueda del conocimiento no es una carrera en la que los competidores se disputan el primer puesto, ni siquiera es un debate o un simposio; es una conversación. Y la virtud peculiar de la universidad (en calidad de espacio de diversos estudios) es demostrarlo en ese sentido, en el que cada estudio aparece como una voz cuyo tono no es tiránico ni retumbante, sino humilde y afable. Una conversación no necesita un director, no sigue un rumbo determinado de antemano, no nos preguntamos para qué 'sirve' y no juzgamos su excelencia teniendo en cuenta su conclusión; no tiene conclusión, sino que siempre queda para otro día. No se impone su integración, sino que surge de la calidad de las voces que tienen la palabra, y su valor está en los recuerdos que va dejando en la mente de quienes participan en ella.

La conversación no viene impuesta desde afuera. Ni siquiera pretende generar un beneficio externo. Como ocurre con los juegos de azar, su significado "no reside en ganar ni en perder sino en apostar".¹ En el caso aludido (la conversación en el seno de la universidad), tampoco tiene por fin diluir todos los saberes en una vaga noción de cultura. Empero, si cada disciplina, sin renunciar a la perspectiva que le es propia, es consciente de sus limitaciones, la conversación se vuelve inevitable desde que la

conciencia de que es más lo que ignoramos que lo que sabemos nos abre necesariamente a los demás. Ahora bien, el diálogo universitario no es únicamente diálogo entre vivos, profesores y estudiantes en activa relación, sino también con los muertos, algunos de los cuales dieron cima a obras emblemáticas, que ningún comentario erudito puede reemplazar, y a quienes generalmente denominamos *clásicos*.

¿Por qué conversamos con los clásicos? ¿Por qué nos disponemos a una conversación imaginaria pero imperecedera con ellos? ¿Cómo evitamos, en todo caso, que ella se traduzca en intelectualismo puro, vacío de contemporaneidad, sobre todo cuando no contamos –como observó oportunamente Frank Leavis– con una tradición viva que lo alimente? ¿Podemos leer y entender a los clásicos como si sus obras fueran objetos cerrados y autosuficientes, o hubiesen sido escritas ayer, prescindiendo de todo hecho que no sean sus propias palabras y argumentos? ¿O acaso, como sostiene Skinner y, en general, la Escuela de Cambridge, el conocimiento del marco político e intelectual de una obra, las controversias y el lenguaje disponible de la época, las "suposiciones heredadas" por el autor, sus silencios o las intenciones subyacentes a sus afirmaciones, no solamente son parte de la génesis de esa obra sino de su posterior interpretación, supeditada a su vez a las "propias expectativas" y propósitos del estudioso con respecto a lo que pretende encontrar?

* El presente ensayo retoma parcialmente opiniones expuestas en las Segundas Jornadas de Ciencia Política organizadas por el Departamento de Derecho y Ciencia Política de la Universidad Nacional de la Matanza (2-6 de noviembre 2009) y en un discurso pronunciado en la Academia del Plata el 3 de agosto 2011.

** Decano de la Facultad de Ciencias Sociales, Políticas y de la Comunicación de la Universidad Católica Argentina (UCA).

¹ Continúa Oakeshott en otro lugar: "Hablando con propiedad la conversación es imposible en ausencia de una diversidad de voces: en ella, diferentes universos de discurso se encuentran, se reconocen mutuamente y disfrutan de una relación oblicua que no requiere ni espera que ellos se asimilen unos con otros" (Oakeshott, Michael: "The Voice of Poetry in the Conversation of Mankind", en *Rationalism in Politics and Other Essays*).

Es casi imposible zanjar este debate que divide aguas entre textualistas y contextualistas. Para ceñirme al estudio del pensamiento político, esa suerte de “tierra de nadie intelectual”, según la llamó Iain Hampsherd-Monk, que es fuente de “litigio fronterizo” entre la política, la filosofía y la historia, la cuestión quizá dependa de cuál sea en definitiva la perspectiva (más histórica o más filosófico-teórica) que presida nuestro análisis. Sin embargo, sin llegar al absurdo de afirmar que debemos intencionadamente desentendernos de la realidad concreta en que un libro se inscribe, sea aun bajo la forma de un reflejo (consciente o no) o de una adaptación deliberada, en lo que sigue me propongo brevemente destacar el alcance universal de las grandes obras que las vuelve de suyo y dondequiera valiosas, frente a otras interpretaciones que, a fuerza de sumergir al autor en su contexto para recuperar, por así decir, su historicidad y facilitar su comprensión, terminan sin querer negándole su originalidad, sus recursos imaginativos o bien (como apunta Hampsherd-Monk) su facultad intelectual y su voluntad de formular un conjunto de enunciados cuya coherencia interna resulte en sí misma asimilable, más allá del desconcierto reinante a su alrededor.²

Es innegable que incurrimos en un anacronismo si presentamos como propias de nuestra época las ideas o las respuestas específicas que los clásicos elaboraron sobre las suyas. Pero, como queda dicho, las grandes obras guardan una relativa autonomía con respecto al espacio físico y temporal en que surgieron, es decir, con la circunstancia que les dio sentido inmediato. De ahí su contemporaneidad. De ahí también la distinción que propone Sheldon Wolin entre dos niveles sobre los que ha venido operando simultáneamente la reflexión política: por un lado, la situación respectiva a la que toda obra está en principio dirigida y que en cierto grado la singulariza; por el otro, un nivel más elevado hacia el cual las grandes obras generalmen-

te apuntan o se proyectan en tanto se consideren aptas para contribuir, continúa Wolin, a un “diálogo continuo” y milenario que permite a lo viejo destilarse en lo nuevo y a lo nuevo recibir el influjo de lo viejo.

En otras palabras, se podría afirmar, siguiendo a Leo Strauss, que del hecho evidente de que una obra esté históricamente condicionada (al punto de acomodarse, en virtud de la creatividad del autor, a los prejuicios y contrariedades de su época para ser mejor asimilada), no se desprende que no pueda tener validez en sí, superando el momento inconfundible que la vio nacer para imponerse como inolvidable, diría Italo Calvino, o mimetizarse, escondida “en los pliegues de la memoria”, con el inconsciente colectivo o individual.

Me refiero claro está a las obras que, vencidas las barreras del tiempo y los ocasionales o deliberados olvidos, se mantienen vigentes. Es por eso que las frecuentamos. Pues sus imágenes, en la expresión de John Stuart Mill, son “realidades vivas e incandescentes”. Porque, al interpelarlas, nos ayudan a esclarecer nuestras perplejidades. Porque su repetida lectura, que es siempre un descubrimiento, nos permite ampliar nuestras miras y concebir nuevas ideas. Porque nos enseñan a argumentar, a escribir, a leer y a hacer de nosotros hombres y mujeres reflexivos. Porque, lejos de ser un mero objeto de curiosidad o aun de erudición histórica son un medio para entendernos a nosotros mismos –un medio accesible, por añadidura, para encontrarnos con la humanidad–. Porque tratan problemas universales y persistentes, fundamentales para la comprensión de cualquier sociedad. Esas cuestiones primarias o “preocupaciones permanentes de la Humanidad” de que hablaba Allan Bloom, para quien lo que hay de esencial en los diálogos platónicos “es reproducible en casi todos los tiempos y lugares”.³ En el orden político, por ejemplo, temas como el poder, la naturaleza de la autoridad o de

² En un capítulo sobre *El Federalista*, en alusión al modo como Hamilton, Madison y Jay utilizaron ideas y lenguajes políticos a su disposición para elaborar una teoría conducente a la creación de un Estado federal, Hampsherd-Monk señala que, al hacerlo, ellos “aportaron una contribución permanente no sólo a la dignidad del Estado norteamericano sino a *nuestros recursos presentes para conceptualizar el Estado liberal-democrático*” (la cursiva es mía).

³ Me hago cargo de que a lo largo de estas páginas estoy asimilando posiciones o autores no necesariamente coincidentes, salvo por su común rescate de las grandes obras y autores. No es lo mismo, por ejemplo, postular un canon filosófico o literario sobre la base de un criterio de autoridad, lo que conspira a mi juicio contra el libre intercambio de las ideas, o invocando una supuesta sabiduría ancestral, que destacar la importancia de esos autores por su universalidad, por el continuo y común interés que despiertan, en tanto y en cuanto tratan problemas de todos los tiempos y de todos los hombres a quienes por eso mismo vinculan. También se ha dicho (Martha Nussbaum) que la educación humanista y el estudio de textos clásicos, al fortalecer la capacidad de innovación, no solamente nos resguarda de la asimilación pasiva de conocimientos, sino que promueve el civismo, la formación de una ciudadanía activa y reflexiva.

la justicia, las exigencias del orden, la libertad, la paz, el conflicto, la relación entre gobernantes y gobernados, incluso el carácter del conocimiento político... He ahí, como enseña Wolin, un vocabulario o lenguaje común (con sus diversos dialectos), un núcleo de problemas y un material transmitido bajo la forma de "un legado cultural" que nos proporciona "la sensación de transitar por un mundo familiar". Por eso el autor de *Politics and Vision* se refiere a la "continua reaparición" de estos problemas que han sido materia corriente de estudio por más que los filósofos hayan disentido con respecto a sus posibles soluciones.

Así, sostiene Wolin que "lo que importa es la continuidad de las preocupaciones, no la unanimidad de las respuestas", que hace que la tradición del pensamiento político, a diferencia de lo que ocurre con otros campos científicos, no sea tanto "una tradición de descubrimientos como de significados extendidos en el tiempo". Norberto Bobbio los denominaba "temas recurrentes", que son "siempre los mismos", lo cual explica la suspicacia del filósofo turinés hacia las investigaciones dirigidas a hallar precursores, porque, como señalaba, "no hay precursor del cual no se descubra que tiene precedentes".

Por su parte, Atilio Borón escribió: "Necesitamos esas voces porque en los tiempos que corren [...] estamos hambrientos de buenas ideas y nobles utopías". Buscamos en ellas valores y significados. No solamente riqueza analítica, sino también axiológica, por cuanto la suya es "una indagación permanente sobre los fundamentos de la buena sociedad y sobre la moralidad de los actos de la vida social". Una indagación sobre la verdad, cabe agregar, y no sobre lo que sea verdadero en una situación dada; una indagación sobre el mejor orden político, que es diferente y acaso más relevante de la que procura conocer sus probabilidades de realización. Sobre la base de una imagen borgeana, Borón compara la tradición clásica con un gabinete mágico cuyos habitantes aguardan nuestras preguntas para poder hacer oír sus respuestas. Desde otro enfoque, Allan Bloom proponía leer a los clásicos "abandonándonos a ellos en lugar de forzarlos a comparecer ante nuestra inquisición", es decir, dejando de lado nuestros interrogantes para saber cuáles eran los de ellos y qué es lo que tienen para decirnos. Como sea, ambas posturas dan por supuesto, me parece, que no debemos hacer decir al clásico

lo que en rigor nunca dijo. Porque, en efecto, los clásicos se exponen usualmente a ser vulgarizados, despojados de su riqueza o, lo que es más grave, asimilados a un estereotipo.

Es así como Maquiavelo deja de ser un humanista y se convierte tan solamente en el creador del maquiavelismo. Adam Smith resulta ser el adalid del egoísmo y el capitalismo a ultranza, pero no el defensor del papel activo del gobierno en materia de obras públicas y educación, ni mucho menos el moralista que dedicó algunas de sus más bellas páginas, en la sexta edición de *Moral Sentiments*, a "la naturaleza de la virtud". Rousseau, finalmente (entre otros múltiples ejemplos que podrían traerse a colación), es visto como el padre de la democracia totalitaria y no todos nos esforzamos en distinguir en sus páginas la voluntad general, como guía moral de conducta ("la regla de lo justo y de lo injusto") de la voluntad mayoritaria que rara vez, dado el pesimismo histórico que caracterizó al ginebrino, coincide con la primera.

Los clásicos, decía al comienzo, nos plantean problemas recurrentes, que nos ligan al pasado pero que revisten una profunda significación para el presente. Para terminar, yo añadiría que leemos también a los clásicos con un propósito más inmediato a nosotros aunque inherente al proceso educativo o, cuanto menos, a una forma particular de educación, intelectual y moral. Me refiero al enriquecimiento y desarrollo personal, a la liberación de nuestro espíritu y a la posibilidad de conmovernos y conocer (diría otra vez Italo Calvino) "quiénes somos y adónde hemos arribado". En una página sobre Jonathan Swift, Allan Bloom dice que el autor de *Gulliver's Travels* llevó adelante "nuestra interminable busca de una posición desde la cual sea posible juzgarnos a nosotros mismos y juzgar nuestro tiempo y nos mostró de qué manera los libros son las escaleras que tomamos prestadas para alcanzar dicha posición". A este fin, los grandes libros, "que proyectan luz desde afuera a nuestra caverna sin enceguecernos", son compañeros de viaje irremplazables y fieles. No para formar discípulos sino mentes creativas, capaces de libre indagación y de desafiar una tradición intelectual pero con la modestia de haberla conocido y ponderado antes; capaces en suma, agregaría Bloom, de "rechazar las respuestas fáciles y preferidas [...] porque conoce[n] otras más dignas de consideración". Trátese de la teoría política, la filosofía, la

historia, la literatura o cualquier otra disciplina que desee abrirse a la sabiduría y a una larga conversación que contribuya al progreso del conocimiento y de nuestra imperfecta condición humana.

Bibliografía

- BLOOM, Allan, *El cierre de la mente moderna* (Barcelona: Plaza & Janés, 1989).
- *Giants and Dwarfs* (New York: Simon and Schuster, 1990).
- BOBBIO, Norberto, *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político* (México: Fondo de Cultura Económica, 1994).
- “La crisis de la democracia y la lección de los clásicos”, en N. Bobbio, G. Pontara y S. Vega, *Crisis de la democracia* (Barcelona: Ariel, 1985).
- BORÓN, Atilio A., “La filosofía política clásica y la biblioteca de Borges”, Introducción a Atilio A. Borón (compilador), *La filosofía política clásica. De la Antigüedad al Renacimiento* (Buenos Aires: CLACSO/ Eudeba, 1999).
- CALVINO, Italo, *Perché leggere i classici* (Verona: Oscar Mondadori, 1995).
- HAMPSHERD-MONK, Iain, *Historia del pensamiento político moderno. Los principales pensadores políticos de Hobbes a Marx* (Barcelona: Ariel, 1996).
- LEAVIS, Frank L., “The ‘Great Books’ and A Liberal Education”, en *The Critic as Antiphilosopher. Essays & Papers by F. R. Leavis*, G. Singh ed. (Chicago: Ivan R. Dee Publisher, 1998).
- MILL, John Stuart, “Civilization”, en *The Collected Works of John Stuart Mill*, John M. Robson ed. (Toronto: Toronto University Press, 1977), vol. XVIII, *Essays on Politics and Society Part 1* (<http://oll.libertyfund.org>).
- OAKESHOTT, Michael, “El concepto de universidad” y “Las universidades”, en *La voz del aprendizaje liberal* (Buenos Aires: Katz/Liberty Fund, 2009).
- “The Voice of Poetry in the Conversation of Mankind”, en *Rationalism in Politics and Other Essays*. Foreword by Timothy Fuller (Indianapolis: Liberty Fund, 1991).
- SKINNER, Quentin, *Los fundamentos del pensamiento político moderno* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993).
- “Significado y comprensión en la historia de las ideas”, *Prismas*, Revista de historia intelectual (Buenos Aires: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2000), n° 4.
- STRAUSS, Leo, *¿Qué es la filosofía política?* (Madrid: Guadarrama, 1970).
- WOLIN, Sheldon S., *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental* (Buenos Aires: Amorrortu, 1974).